



La identidad reclamada

Ángel Fernández Benítez

Lévi-Strauss inicia su obra *El totemismo en la actualidad* con una aseveración que quizá convenga al tema que vamos a tratar. Dice el antropólogo francés: “Aceptar, como tema de discusión, una categoría que nos parece falsa, nos expone siempre a un riesgo: el de mantener, en virtud de la atención que se le presta, alguna ilusión acerca de su realidad”. No obstante, parece conveniente, de vez en cuando, someter al rigor del pensamiento racional las ilusiones que fabrican los sentimientos o la imaginación, aun a costa de los peligros que tales recorridos pudieran deparar, con el fin de realizar un balance sobre la contaminación que aquella ilusión sufre, sobre su posible desnaturalización, sobre su necesidad y, en fin, sobre su vigencia. Una vez efectuado ese viaje por el pensamiento, incluso negada la primitiva ilusión, sin duda habremos conseguido iluminar alguna faceta más de la poliédrica realidad que nos propone la vida. Bien puede además ocurrir que, al remirar aquella categoría que nos parecía falsa, descubramos la pista de una verdad esencial que abonaba las raíces de tal ilusión.

Con las reservas antedichas, me aproximo a un concepto que desde la descarnada Lógica invade últimamente latitudes menos puras como la vida de los pueblos y la de los individuos que los forman. En el principio de que *A es siempre y por necesidad A* se basa la noción de la identidad. Así que dos cosas idénticas son en puridad la misma cosa repetida en un empecinamiento de mismidad ajeno a cualquier cambio, fuera del tiempo, fuera de los cruces genéticos, al margen de la contaminación que resulta siempre de la vida. Oprimir el decurso vital entre principios matemáticos de Lógica clásica,

*Quando el
hombre busca
una identidad,
podemos
suponer que
vive inmerso en
la ansiedad del
desconcierto*

En esta capacidad de adaptarse a situaciones nuevas y, por tanto, en su tendencia al cambio, se fundamenta su identidad de humano

sólo puede aceptarse en el marco de lo estrictamente metafórico y desde ese campo, lingüístico en primera instancia, sí que podremos organizar un discurso sobre la identidad aplicada a los pueblos o a la vida del hombre.

. . .

Cuando el individuo reclama para sí una identidad propia, estriba su demanda en una necesidad existencial de permanencia, de diferencia y, a la vez, de trascendencia: de permanencia, porque teme una ruptura temporal entre su yo y otro yo desconocido que sigue al anterior; de diferencia, porque le inquieta confundirse en la extensión del espacio con otro yo contiguo y ajeno; y de trascendencia, porque, proyectado ese yo al futuro y superados los enigmas del espacio y del tiempo, pretende, dejar un reflejo de ese yo completo e histórico como ente abstracto. Así que, cuando el hombre busca una identidad, podemos suponer que vive inmerso en la ansiedad del desconcierto, en el territorio de la duda y en la inseguridad de una crisis existencial. Me temo que esa búsqueda de la identidad implica, si no el reconocimiento explícito del miedo al cambio, sí la vacilación ante la permanencia de su yo idéntico, ante la naturaleza perfectamente diferenciada de su yo y ante la proyección de ambas como idea globalizada y casi abstracta. En fin, la toma de conciencia de la necesidad de una identificación del yo vendrá dada por la incertidumbre respecto al yo mismo.

Parece, pues, que la demanda de una identidad surge en el individuo como una cuestión que interroga sobre el propio desconcierto, cuando el hombre se halla en un estado tal que las partes de su yo han entrado en conflicto y por ello demandan una atención especial con que, al menos, identificar el fallo. Detectada la avería, se precisa concebir una solución y recomponer así la articulación que ha perdido el concierto de las partes. Podría ser algo parecido a lo que ocurre cuando sentimos un dolor. En ese momento el cuerpo nos exige un cuidado que no le prestamos a diario. Se hace patente un desarreglo de la armonía con que se mezclan nuestras sustancias, un estrago en el bienestar de nuestras células, una descomposición de las corrientes energéticas que fluyen por nuestro ser físico. El órgano afectado reclama una asistencia particular haciéndose notar en el conjunto de los órganos. Mientras el funcionamiento del organismo es competente, mientras el cuerpo atiende sin rechistar a nuestras demandas, lo ignoramos por completo, no le prestamos la más mínima atención, reclamada tan sólo cuando se origina un trauma.

Quizá también sucede algo semejante con esa otra metáfora que lla-

mamos identidad, apenas vigilada cuando los acontecimientos de la vida o de la historia no nos someten a la insólita tensión entre nuestro yo y ese otro yo que asoma en el horizonte como una amenaza inmediata del anterior en peligro. Sin embargo, es en el peligro donde el hombre encuentra formas de supervivencia, modificando su entorno o transformándose él mismo en una mutación acumuladora que llamamos progreso.

El hombre, ante una necesidad específica, puede alterar sustancialmente su carácter, su pensamiento y hasta los gestos que por mimesis recibió en su infancia. La propia esencia de la educación en que crece, se enraíza en un combate roussonianiano entre el hombre solo y el hombre adaptado al grupo, es decir, se cifra en la variación y corrección de formas de conducta inadecuadas conforme a las necesidades del grupo. Precisamente en esta capacidad de adaptarse a situaciones nuevas y, por tanto, en su tendencia al cambio, se fundamenta su identidad de humano. Estas dos características, que son en sí una misma, constituyen el fundamento de la sabiduría del *homo sapiens sapiens*.

Pensar que en el constante proceso de adaptación que exige nuestra vida, todo puede quedar igual que antes, es decir, idéntico al sí mismo anterior, parece rozar la ilusión decadente del Paraíso Perdido, la magua tristona por aquella Edad Dorada que predicaba Don Quijote o la idílica melancolía de un pasado, a lo Jorge Manrique, que en su quietud mortal no exige nuevas atenciones, porque ya no proporciona desconcierto. Pensemos que sólo lo acabado puede ser idéntico a sí mismo y la vida humana es siempre un proceso inconcluso.

Por su parte, el hombre parece estar dispuesto a sobrevivir ante las circunstancias más adversas: se agazapa en su libertad, se atrincheira en su inteligencia, se abriga en el progreso, es decir, en la esperanza de un cambio hacia estados mejores. Desde luego, en tal batalla dispone de dos armas extraordinarias: por un lado, la alta dosis de descondicionamiento frente al medio, lo que le permite resolver los problemas que ese mismo medio le presenta; por otro lado, su contumaz angustia, esa que le lleva a reflexionar constantemente sobre la conveniencia o inconveniencia de sus propios actos, para, en tal reflexión, hallar de paso la parte de sí que lo define frente al mundo. En esa pelea vitalísima, en esa voluntad de vida, en esa pasión por la supervivencia se gestan las señales que jalonan nuestra identidad, tan pronto como tomamos conciencia de hallarnos en la pelea misma. Se hace necesario, pues, sentirse en la refriega y confundirse en ese caos que el medio impone a la vida, para saberse

En esa pelea vitalísima, en esa voluntad de vida, en esa pasión por la supervivencia se gestan las señales que jalonan nuestra identidad

hombre, para identificarse como un yo en conflicto con el exterior y quizá en perpetuo conflicto consigo mismo.

¿Funcionan los pueblos con el mismo criterio orgánico que nuestro yo físico y mental? ¿Precisan también de un estímulo que los distraiga de la monotonía de su ser histórico, que perturbe sus estructuras, que incluso ponga en peligro su existencia, para atender también, en masa, a subsanar tal situación? ¿Y después, queda todo como antes? El historiador A. J. Toynbee titulaba uno de los capítulos de su *Estudio de la Historia* “Las virtudes de la adversidad” y en él hacía un recorrido histórico sobre los efectos benéficos que sobre determinados pueblos tuvieron situaciones verdaderamente conflictivas. De las situaciones adversas, unos pueblos salieron más fuertes, más seguros de sí; otros, en cambio, se extinguieron al ser superados por la adversidad.

Quizá los anteriores planteamientos sobre el cambio en el hombre y su búsqueda de la identidad, no anden demasiado alejados de lo que el historiador británico sugiere respecto a las distintas civilizaciones. Quizá podamos hallar muchas más semejanzas que diferencias entre las transformaciones del organismo individual y las relativas al organismo social o quizá ninguna nos parecerá suficientemente válida; sin embargo, en todo caso, la comparación misma nos permitirá alumbrar mejor aquella faceta de la realidad, virtual o no, en la que nos ocupamos.

. . .

Me parece conveniente regresar, por un momento, al objeto mismo de esta reflexión y detenernos en algunos pormenores estrictamente lingüísticos, por ejemplo, su mismo significado. La palabra *identidad* se conforma en el uso de la lengua como la expresión de una noción abstracta en torno al adjetivo *idéntico*, que se aplica o se dice de algo que coincide con otra cosa o que se parece extraordinariamente a ella. La semántica se ofrece, en principio, mucho más permeable que la Lógica y admite que dos cosas idénticas bien pueden seguir siendo dos e incluso deja en la trastienda la posibilidad de que esas dos cosas tan sólo resulten parecidas, es decir, que se puedan simplemente asociar en un par por su similitud.

Pero ¿qué o quién valora la cantidad de semejanza que se da entre esas cosas para decidir su identidad? Se hace imprescindible la figura de un observador imparcial que verifique la identidad después del análisis atento de los rasgos en los que pueda basarse tal semejanza. Entramos así en el terreno movedizo de la percepción, en este caso puntual, de unas señas de identidad por parte de un

*El cuerpo social
parece más
complicado y
movedizo, a la
hora de
identificarse,
que el cuerpo
individual*

sujeto activo que, frente a los dos objetos cuya identidad ha de determinar, elabore un esquema de los aspectos identificadores; es decir, abstraiga de esas dos realidades los elementos definitorios de tal manera que, superpuestos más adelante, coincidan al cien por cien o en una cantidad suficiente para permitir el dictamen sólido de su identidad.

Entra en el juego de la verificación de la identidad, la figura del sujeto agente en tal proceso: el que mira, observa, reconoce. Con razón, Chesterton afirmaba que somos lo que creemos ser y lo que los demás opinan que somos. El designio de nuestra identidad se basa, según la sentencia, en la perspectiva del observador. Aplicado lo dicho al tema que nos ocupa, llegaríamos a la conclusión de que, en función del observador, estableceremos con mayor o menor fiabilidad la identidad entre dos cosas. Por ello, parece conveniente asumir un proceso previo de identificación de los observadores, de los métodos de observación y de los resultados.

Pero vayamos poco a poco y mantengamos el rumbo de nuestra brújula. Ya sabemos que la verificación de la identidad entre dos cosas exige un sujeto que valore y diagnostique si la semejanza entre los objetos es absoluta o es tanta que no merece tener en cuenta los detalles que varían. Bien, pero ¿qué ocurre cuando los objetos cuya identidad trata de verificarse son el sujeto mismo, es decir, cuando el hombre busca su propia identidad o lo que es lo mismo valora los rasgos identificativos entre dos momentos de su yo? ¿Qué pasa si quien busca su identidad como forma de diferenciación de los elementos contiguos en la extensión del espacio es uno de esos elementos? ¿Cómo actúa la conciencia que se predispone a reconocerse a sí misma como entidad abstracta y trascendente?

Parece probable que, en ese caso, la verificación de la identidad se realice conforme a un análisis subjetivo; casi seguro mediarán factores de necesidad, de supervivencia, aceptables desde luego porque el sujeto que busca su identidad -recordémoslo- se hallaba en una situación de desconcierto que había provocado tal búsqueda. ¿Se precisa en este proceso la revisión de los métodos empleados por el observador? Seguramente sí; no obstante, eso lo determinará la complacencia que el sujeto encuentre en la imagen que de sí ha fraguado y en la coincidencia o no de tal imagen con la anterior. También incidirán en la validez del resultado la diferenciación y la trascendencia que le permita tal imagen de sí. Es decir, será válido el proceso en cuanto le otorgue la identificación del yo como propio y en un estado de satisfacción aceptable. Podremos, pues, dar por finalizado el proceso tan pronto como el sujeto se desprenda de la

Es posible que las señas de identidad se establezcan más por contraste que por consenso

Un consenso mediatizado por necesidades coyunturales podría terminar por imponer un modelo de identidad programado como se intentó en Alemania o en España en la primera mitad de este siglo

vacilación, la inseguridad y el desconcierto, alcanzando de nuevo un estado de reposo.

Supongamos que un hombre ha sufrido una enfermedad tal que su aspecto físico ha cambiado considerablemente. Además ha estado a las puertas de la muerte y ello ha turbado su conciencia, trocado cuantos valores le inculcaron en la infancia y modificado buena parte de sus actitudes ante la vida cotidiana. Una vez curado, podrá mirarse en un espejo y desconocerse o reconocerse. Se hallará diferente, deberá actuar como observador del yo nuevo frente al yo viejo, y esta observación se realizará sin duda desde el yo nuevo. En dicha observación influirán los agentes del cambio, claro. ¿En qué se podrá cifrar su identificación para que adquiera la dimensión mínima exigible para el reconocimiento? ¿Cómo evitará la tortuosa sima de la locura que implica el desconocimiento de sí? Parece difícil que tal cosa pueda llegar a ocurrir, pues, aunque confiese soy un hombre nuevo, estará reconociendo en el fondo que el proceso de identificación se ha llevado a cabo y que, partiendo de lo que fue su yo, los cambios sufridos son tantos que lo hacen diferente, aun sabiéndose él mismo. No nos equivoquemos, no se ha producido un desconocimiento del yo, sino un reconocimiento, un proceso de identificación, para nada fallido, sino plenamente exitoso por cuanto del cambio se desprende únicamente un yo evolucionado respecto al anterior, pero originado en la confluencia de ese mismo yo con los agentes del cambio. No ha perdido, pues, su identidad porque recuerda su anterior yo, reconoce el cambio y admite el nuevo yo.

Vistos desde fuera, sus cambios desde luego serían menos perturbadores. Incluso, aunque el observador dijera: “Parece otro”, estaría reconociendo que el observado es el mismo de antes sólo que con abundantes transformaciones y quizá ese mismo observador se llegara a plantear si tales transformaciones no estarían en germen antes de la enfermedad en el individuo, es decir, si nuestro hombre no llevaría en sí mismo el poder de mutación y la mutación misma y necesitaba tan sólo un factor nuevo introducido en el tablero de su vida por azar.

¿Podríamos, de nuevo, aplicar este proceso de reconocimiento de la identidad individual al yo colectivo, al yo que comparte el grupo, a todas las tareas que lo configuran, a las costumbres en que se basan tales tareas, a las creencias que justifican tales costumbres y que también son costumbres en sí mismas? ¿Nos encontraríamos también ante un factor perturbador que condiciona la demanda de la identidad? ¿Podría el sujeto observador, el grupo mismo, iniciar un proceso colectivo de reconocimiento de sí? ¿Cómo influirían en el

grupo las tensiones provocadas por la elección de las señas de identidad del mismo? ¿Qué o quién arbitraría tal proceso y cómo? ¿En el caso de desconocerse, el grupo se dispersaría simplemente?

Respecto al grupo, las cuestiones proliferan y complican bastante dicho proceso, pues las tensiones económicas, sociales, ideológicas y aun sentimentales que existen en todo colectivo tienden a dificultar muchísimo dicho proceso. A los problemas internos que se desarrollen en el seno de la comunidad, habrá que añadir otros de índole externa que podrían constituir la adversidad por la cual el propio grupo ha entrado en conflicto, sin descartar que dicha adversidad bien pudiera haberse originado en algún factor endógeno. Por último, el observador imparcial que fuera a determinar la naturaleza de la identidad tendrá que estar dentro o fuera del grupo y, en el caso primero, pertenecer a uno de los sectores en conflicto, suponiendo que se diera tal conflicto. El cuerpo social parece más complicado y movedido, a la hora de identificarse, que el cuerpo individual.

No obstante, la palabra *idiosincrasia* quiere designar los caracteres definitorios de un grupo de personas o de una persona, así que a cada comunidad, desde fuera generalmente, se le atribuyen rasgos que la diferencian de otras comunidades vecinas, por lo común, generadoras de esas señas de identidad. Estos rasgos identificadores, sin embargo, tienden a impostar la realidad de los pueblos ahondándolos, caricaturizándolos, esperpentizándolos; y a la hora de indagar en el ser colectivo de nada sirven, pues lo que un pueblo dice de su vecino del Sur lo afirma de él su otro vecino del Norte y cuanto se atribuye a los ultramontanos del Este bien pueden los del Oeste encontrarlo en nosotros. La expresión castellana *despedirse a la francesa* se convierte en Francia en una *despedida a la inglesa*. Así que me temo que, a la hora de designar nuestros rasgos de identidad, los grupos vecinos, si bien pueden aportar alguna luz, no son excesivamente fiables.

En comunidades conformadas por castas o por razas o por grupos religiosos los rasgos definitorios declarados por los diferentes grupos tenderán a variar según el grado de poder del grupo mismo en el seno de la comunidad. Los problemas raciales de la España medieval y los religiosos en Europa Central durante el siglo XVI sirven de ejemplo de las dificultades que las comunidades urbanas formadas por gentes de diferente raza o religión deben asumir al respecto. En ambos casos, sean los observadores externos e internos, la observación se verá mediatizada por los intereses de los grupos y el patrón identificador puede verse seriamente deformado.

El grado de naturalidad o artificio con que se definen a sí mismas las comunidades humanas forma parte de esa faceta del hombre: la adaptabilidad a las situaciones nuevas

Ante un abanico tan amplio de posibles factores que intervienen en la elección de las señas de identidad de un grupo, la cautela exigiría la elaboración de un diagnóstico del grupo en la sincronía y en la diacronía con el fin de hallar los rasgos que le dan cohesión en el espacio y en el tiempo, en primer término, y la causa por la que el grupo siente amenazada su cohesión: historiadores y antropólogos, sociólogos y filósofos, economistas y científicos en general, tendrían que ponerse a trabajar hasta determinar lo que constituye la organización del grupo y las constantes de toda índole que atestiguaran la semejanza o la diferencia, valorando en todo momento los detalles que contrastan con lo de antes y con lo de al lado, para después llegar a determinar si en ese cómputo total surge la noción abstracta que trasciende lo común del grupo y lo define. Además, diagnosticada la causa de la crisis, se propondrían las medidas de revisión de lo que se mantiene idéntico a sí y del elemento diferencial surgido más tarde.

Sería conveniente que los observadores relegaran los prejuicios y que dicha observación se fraguara tanto desde el exterior del grupo como desde el interior del mismo para así llegar a una verdadera visión poliédrica de esa realidad, más exacta desde luego que una visión plana y focalizada. Pero, por si no se encuentran observadores imparciales o por si la visión constituida se originara en un punto concreto del seno del grupo o del exterior, convendría verificar la relevancia de tales señas identificatorias y el grado de serenidad que tal hallazgo ofrece al propio grupo. Ante la posibilidad de que en todo ese diagnóstico medien en exceso factores endógenos o exógenos, es posible que las señas de identidad se establezcan más por contraste que por consenso y, en ese caso, la identificación del grupo vendría determinada por un carácter negativo que quizá serviría poco o mal para apaciguar el malestar que demandaba la búsqueda de la identidad.

La causa de todo ello parece clara: tal contraste mal podría deparar una visión completa y compleja de la realidad de un pueblo y terminaría por elegir tres o cuatro rasgos que, anclados en las costumbres ancestrales, permitan ser erigidos en los símbolos vocacionales del grupo, olvidando peligrosamente el factor agente del cambio y volviendo la cabeza a las realidades estructurales y supraestructurales verdaderas del grupo y que generaron la crisis de identidad.

Por otro lado, un consenso precipitado y mediatizado por necesidades puramente coyunturales podría terminar por imponer un modelo de identidad programado como se intentó en Alemania o en España en la primera mitad de este siglo. Por supuesto, este modelo

Las señas de identidad del grupo surgieron como búsqueda de solución a las necesidades ecológicas y económicas que su espacio le impuso

distorsiona tanto como el anterior el diseño de la identidad, puesto que suele dimanar de lo que los pueblos deben ser *a priori* para alguien concreto y no de lo que los pueblos son en sí. Quizá Hegel tuviera razón al preconizar el espíritu de los pueblos, pero cada vez que alguien se erige en portavoz del espíritu de su grupo tiende a construir ese espíritu con los ecos de la historia y no con las voces del momento. Y no me estoy refiriendo a personajes conflictivísimos como Hitler, Stalin o Castro, sino a personas mucho más moderadas como Heidegger o Unanuno.

Me parece que, cuando los rasgos del patrón identificador del grupo se han deducido por medio de observación empírica, de análisis más o menos imparcial, el esfuerzo que la comunidad ha desarrollado a tal fin otorga el grado de madurez necesario a ese *ego* colectivo para aceptar sin trauma los factores generadores de la posible mutación, para asimilar en todo caso la causa de la angustia y del desconcierto, para diferenciar y aislar las dificultades de cara a la búsqueda de soluciones y, en fin, paliar en lo posible la violencia de los agentes transformadores.

En cambio, cuando las señas de identidad de un grupo son fruto de un proceso diferente, si en dicho proceso interviene la seducción o la imposición con lo que de impostura lleva, el desconcierto ante un factor exógeno o ante los cambios íntimos del grupo ahondará la crisis. En el primer caso, las mutaciones se asimilarán tarde o temprano y terminarán por formar parte del patrón de identidad; en el segundo, el más mínimo agente mutador pondría de manifiesto la fragilidad de la entelequia que ha sido proyectada.

Cuando los ideólogos y propangandistas del régimen nacionalsocialista de Franco construyeron una identidad para España, tal proyecto mantuvo su vigencia mientras se impuso con el terror y se desmoronó, por obsoleto, tan pronto como a la sociedad se le permitió mirar hacia otras direcciones. Sin embargo, seguramente tal proyecto haya marcado considerablemente el sentido de la identidad hispana. Por lo mismo, cuando en el pasado siglo los intelectuales modernos, desde Blanco White a Joaquín Costa reclamaban una identidad para España que, por su parte, negaban los ultraconservadores, estaban poniendo las bases, todavía negadas por entonces, de la identidad del grupo, señas que forman parte de nuestra historia y de nuestro mismísimo hoy. Sin embargo, alguna de las señas de identidad de un grupo puede pervivir después de la desintegración del mismo. Eso ocurre con el Cristianismo como señal de identidad del Bajo Imperio Romano al que sobrevive en quince siglos.

El instrumento esencial de la construcción de la identidad: la lengua que administra la experiencia acumulada por un particular modo de existir

*Un crecimiento
desmesurado de
la industria
turística y una
afluencia de
inmigración con
un elemento
común: el
carácter
provisional del
asentamiento*

Desde luego, al observador imparcial, en el hipotético caso de que tal pudiera existir, le costaría un esfuerzo sobrehumano diferenciar las señas que dimanaban de la intrahistoria y las impuestas por superestructuras inventadas o pactadas. El grado de naturalidad o de artificio con que se definen a sí mismas las comunidades humanas forma parte de esa faceta del hombre a la que aludíamos más atrás: la adaptabilidad a las situaciones nuevas y la búsqueda de explicación de las mismas. La búsqueda de solución a las necesidades que el medio físico impone al hombre exige una instrumentación que se organiza más en el arte de entender la naturaleza que en la naturaleza misma. Así que el presunto observador imparcial tendrá que diagnosticar, en todo caso, que las señas de identidad del grupo surgieron como búsqueda de solución a las necesidades ecológicas y económicas que su espacio le impuso; y que tales señas de identidad vinieron dadas por un proceso acumulativo de cuantos problemas hicieron necesaria la búsqueda de soluciones y de las soluciones mismas encontradas por el grupo o por individuos del grupo. A continuación, se producirá una amortización del cambio como una solución de substrato o de superestrato histórico y nada más.

En el caso contrario, cuando el observador sea parcial, sólo obtendremos como señas de identidad de un grupo ese mínimo repertorio de símbolos arcaicos y un conjunto de proclamas de fuerte raíz sentimental, imprescindibles para facilitar la instalación de la entelequia fabricada como identidad del pueblo en el inconsciente colectivo. Reduciríamos, sin duda, la vida de los pueblos a unos rasgos puramente costumbristas y folclóricos vacíos de ideas, a un origen mítico quizá, a un héroe por lo general bélico, tal vez a una figura de la Literatura y, quizá, a un dios. Todo ello aderezado por una animadversión a cuanto del exterior pueda ingresar en el territorio, sean personas, ideas, costumbres nuevas, etc.

. . .

Cuando en 1976 se celebraba el Primer Congreso de Poesía Canaria, Pedro García Cabrera se preguntaba si existe una poesía propiamente canaria, es decir, si se puede hablar de identidad común para cuantos textos poéticos se producen en Canarias por nativos o foráneos afincados. La respuesta no se hace esperar. Dice el poeta palmero: “Y en esta encrucijada de indagaciones quiero contestar a mi pregunta de si existe una poesía propiamente canaria con la única respuesta a mi alcance: con el testimonio de una parte de mi obra poética”. Para García Cabrera lo que en verdad otorga la identidad canaria a sus palabras es “el acervo de vivencias acumuladas por un particular modo de existir”. Termina su intervención

confesando que las imágenes que pueblan el poema “son sienes, ojos, oídos de la isla. Son, en resumen, nosotros mismos, poblando el tiempo anónimo del mar”.

El análisis de la identidad realizado por el poeta no puede ser más certero: confluyen en él las tres coordenadas de las que venimos hablando desde el comienzo de estas páginas: el espacio, el tiempo y la conciencia del yo dentro y fuera de ellos. En ese “nosotros mismos” se expresa su sentido de la identificación: porque me sé yo, no tengo dudas sobre mi identidad. Lo demás es metáfora, símbolo o mitificación.

El poeta con su pensamiento intuitivo y fugaz nos advierte sobre el instrumento esencial de la construcción de la identidad: la lengua que administra la experiencia acumulada por un particular modo de existir, es decir, la memoria traducida a la palabra, la memoria actualizada por tanto en el signo practicado en el habla, el recuerdo vivo no tan sólo del ayer lejano, sino del tiempo inmediato; no sólo de la Historia con mayúscula sino del día a día que fraguó nuestra infancia y nuestro ser. Sin embargo, García Cabrera remonta la quietud de los tiempos idos, para situarse en el gerundio continuo: “poblando el tiempo anónimo del mar”, dice el poeta, contextualizando así la memoria del ayer en un tiempo sin tiempo, en un devenir siempre inacabado, como proyecto de una sucesión de espacios y tiempos poblados. Prescinde el poeta de otros caracteres que otorguen identidad a la poesía canaria: de aspectos irrelevantes que surgen de las conyunturas personales y de síntesis forzadas que podrían deslindar incluso más allá de la linde.

Parece que se exige, en este último tramo, recapitular sobre esa identidad reclamada por individuos y por pueblos, hasta para sus formas poéticas y sus ideologías. Parece que, al aproximarnos al final, necesitamos saber qué hemos conseguido conocer sobre el tema propuesto. Parece además que tal identidad reclamada debe asociarse, por fin, al medio en que surge la demanda, es decir, Lanzarote, Canarias. Parece que el autor de estas páginas debe forzosamente explicar su posición, al respecto.

Primero, suponemos que los pueblos sufren crisis de identidad, igual que las personas, debidas a factores externos o internos. Segundo, ante tales crisis, los pueblos, como los individuos, deben realizar un análisis valorativo de su yo, individual o colectivo, en el espacio y en el tiempo. Tercero, sea o no objetivo el realizador de dicho análisis, su finalidad ha de pasar por la solución o asimilación del conflicto que generó tal crisis y de los cambios a que dio lugar.

Exigen el compromiso muy fuerte de las partes sociales y los poderes implicados, así como un criterio de prudencia económica con visión de futuro

Cuarto, los instrumentos más eficaces para llevar a cabo tal asimilación, son dos; a saber: la memoria del ayer actualizada y la convicción de permanencia histórica.

No voy ahora a exponer los elementos del conflicto que motivan estas páginas. Considero que mucho han de escribir sobre el particular economistas, sociólogos, historiadores, políticos, empresarios y trabajadores; y creo que han de hacerlo, en la medida de lo posible, sin someterse a bandos, sin portar insignias, sin lanzar proclamas. La situación de Lanzarote en la actualidad es preocupante en la medida en que puede llegar a desconocerse, a renunciar a sí o a refugiarse en un *ghetto* en contraste con su entorno archipiélagico.

Resulta claro determinar el agente externo: un crecimiento desmesurado de la industria turística y una afluencia incontenible de inmigración de diferente origen, pero con un elemento común: el carácter provisional del asentamiento. Ello -dicho en pocas palabras, pues exigiría mayor profundidad de estudio- genera un caos social, una desvertebración de los lazos socioeconómicos que han regido la sociedad en el periodo anterior, produciendo masas recién llegadas de trabajadores a destajo que contrasta con una población autóctona en que crece el paro y el desánimo. A la larga, el aumento constante de la presión que tales factores producen, puede deteriorar la frágil industria turística e incluso destruirla.

Sin embargo, las medidas correctoras no parecen inalcanzables. Exigen el compromiso muy fuerte de las partes sociales y los poderes implicados, así como un criterio generalizado de prudencia económica con visión de futuro. Tales medidas formarían, sin duda, parte del conjunto de los rasgos que definirían al grupo.

En fin, la metáfora que designamos como identidad de los pueblos, sea una ilusión o no, debe deslindarse de la identidad como virtud puramente lógica y formal. El precio de tal identidad es el inmovilismo y, también metafóricamente hablando, la muerte. Ésta amenaza poderosamente en las estancias cerradas pobladas únicamente por el polvo y el olvido. Ante las circunstancias conflictivas que genera la vitalidad de los pueblos, enarbolar, de pronto y solamente, la metáfora de la identidad puede dar lugar a una dicotomización peligrosa que consiste en elevar, por un lado, al rango de lo mítico los caracteres ancestrales de la comunidad y, por otro, solapar, los problemas reales que esa comunidad vive en el presente, abriendo una sima indeseable entre el pasado y el presente. Parece que se exige una mirada seria sobre el problema que altera la vida en común y una decisión definitiva de atajarlo.

En fin, la metáfora que designamos como identidad de los pueblos, sea una ilusión o no, debe deslindarse de la identidad como virtud puramente lógica y formal